

plicarnos un proyecto que tenia para abastecer de agua á México. Desde entónces tuvimos continuamente esa amenaza suspendida sobre nuestras cabezas. Cada noche, al retirarnos del teatro, queria exponernos sus planes; pero no le dábamos tiempo, pues pronto un sueño profundo se apoderaba de nosotros. Por último, un domingo creyó encontrar ocasion favorable.

—Ahora que no hay espectáculos, dijo, que llueve y no es posible salir, voy á enseñar á vdes. mis trabajos.

Desenvolvió un plano inmenso, que ocupaba todo el piso del salon, y pasó desde las siete de la noche hasta las once haciéndonos conocer sus útiles estudios.

CAPITULO XVII.

EL CIRCO.—PASEO NOCTURNO.

I.

Una multitud de gentes formando valla en Broadway, fuegos de colores y luces eléctricas que se distinguian á lo léjos, nos hicieron creer que se trataba de algun nuevo descubrimiento de Edison ó de Brush: mas luego comenzamos á percibir varios carros, como los usados en Nueva-Orleans en el carnaval, y supimos que todo aquello era el anuncio de un circo.

II.

El medio para llamar la atencion era ciertamente bien escogido. Cirqueras y cirqueros lujosamente vestidos

desfilando á caballo; carros con música; jaulas de tigres, leones, panteras y otros animales feroces, con el domador dentro de ellas; una carretela tirada por zebras; camellos y elefantes llevando en su dorso varias personas; una máquina de vapor que movia un órgano; cuatro grandes elefantes sirviendo de bestias de tiro.... Aquello era una exhibicion monstruosa; una procesion de tres cuartos de legua: el principio iba sin duda por la Casa de Correos, cuando nosotros presenciarnos el fin en Union Square.

III.

Anuncio tan pomposo nos dió, como es natural, deseo de ir al circo. Concurrimos en efecto algunas noches despues. Encontramos todo lo que es costumbre en esos espectáculos; pero en proporciones extraordinarias. El local era extenso: probablemente habria en él de ocho á doce mil asistentes: en tres anillos se trabajaba al mismo tiempo para que toda la concurrencia pudiese ver. Trapecios volantes, saltos mortales, trampolin, equilibrios, juegos de agilidad en los caballos, todo fué hecho en grande escala. El empresario contaba con trabajadores de mérito.

IV.

Se exhibieron dos cuadrillas de elefantes, ocho grandes y ocho pequeños. ¡Qué animales tan inteligentes! Un inglés como el de la "Vénus Negra" los habria declarado sus hijos. A una señal establecida se acostaban, á otra se levantaban, á otras marchaban en hileras de diferentes fondos. Subian escaleras, se sentaban: los

chicos tomaban asiento en sillas y hacían sube y baja. Siguiendo aquella educación no dudé llegaría día en que pudieran ser presentados como modelos en los salones de rango.

V.

Salimos de aquel lugar y nos dirigimos al restaurant Delmónico. ¡Un plato que vale \$ 3½! no lo tomamos: preferimos confecciones un poco más modestas. La buena cocina nos hace detenernos lo que no creíamos, y al retirarnos es ya hora bien avanzada.

VI.

El aspecto de aquella gran población dormida no es el que de Londres nos ha querido presentar Dickens en uno de sus capítulos del *Uncommercial Traveler*. Bien es verdad que nosotros no tenemos en aquel momento los pensamientos tenebrosos que ocurren al autor inglés, ni está á nuestra vista un teatro vacío ó un hospital de locos. Por el contrario Broadway iluminado ostenta aun, en varias de las vidrieras de sus tiendas, ya jarras de plata al lado de copas doradas, ya aderezos alternados con diademas y collares, ya guantes representando manos de diversas medidas, ya preciosos vestidos, capas, bordados y toda esa falange de objetos de moda que forman las delicias del bello sexo. Los ojos de las hermosas damas de la ciudad no están allí para rivalizar en brillo con la plata bruñida ó con la seda luciente; mas en cambio la soledad de la calle, contrastando con aquellas riquezas, produce en el espíritu una impresión singular.

VII.

Madison Square luce en medio del silencio sus árboles frondosos, su gran fuente, sus lechos de flores, sus estatuas del almirante Farragut y de Mr. Seward, el monumento elevado al General Worth y la mano que ha de llevar la estatua de la libertad, faro que ha de alumbrar la bahía. Este brazo de bronce va á ser colocado en la isla Bedloe y solo temporalmente se halla en aquel sitio.

VIII.

El sueño comienza á hacerse sentir. Apenas distinguo las siluetas de los edificios dibujándose en el piso y el lejano campanario elevándose hácia el firmamento. Traspasamos al fin el umbral de nuestra habitación. ¡Qué dulce delicia la de poder entregarse al reposo, suave siempre cual una brisa en verano y fértil, algunas veces, en visiones encantadoras!

CAPITULO XVIII.

NUEVA-YORK EN TIEMPOS PASADOS.

I.

Los lectores permitirán se retroceda unos años. Escribir, como ha hecho Edwin Stone, la historia circunscrita de una población pequeña, que tal vez no tiene más timbres de gloria que haber engordado cerdos ó poseer fábrica de cerveza, puede parecer inútil. Pero

decir algunas palabras sobre los antecedentes de una ciudad, la primera de América, es quizá permitido, aun en una obra de viajes.

II.

El descubrimiento de magnífico lugar donde Nueva-York se había situado, fué debido al acaso. Hudson no pensaba en él. Navegando al servicio de una compañía holandesa en busca del famoso paso del Noroeste, se vió obligado por los hielos á retroceder, y entónces proyectó visitar el Este de la costa americana, descendíendola desde Terranova hasta el grado 36 de latitud. El 28 de Agosto de 1609 penetró en la bahía del Delaware. No pudiendo avanzar en ella muy léjos, por estar las aguas poco profundas y el canal obstruido por bancos de arena, volvió sobre sus pasos, entrando el 12 de Setiembre del mismo año en la bahía de Nueva-York por el paso llamado "The Narrows" y subiendo el rio que lleva su nombre hasta el sitio en que hoy se encuentra Albany.

III.

Esta primera expedicion no fué de feliz presagio para los indios. Primero, aquellos extranjeros les hicieron conocer el rhom, cuyo uso y resultados ignoraban. Después, por un ligero robo, mataron á varios de ellos, miéntras llegaba el tiempo de apoderarse de sus tierras.

VI.

Los Estados Generales Holandeses quisieron estimu-

lar los descubrimientos, asegurando al autor de ellos el privilegio exclusivo de cuatro viajes de comercio. Así se formó en Amsterdam una primera compañía que dirigió cinco navíos á las costas de América, que descubrió el Connecticut y fundó los fuertes de Nassau y de Orange. Pronto se organizó otra en mayor escala, que pudiese proteger eficazmente todos los intereses colocados bajo su patronato y á la que se concedió el gobierno de las posesiones americanas, extendiéndose á favor de ella lo que en aquel tiempo se llamaba una carta.

V.

La Compañía estableció en las provincias que le fueron sometidas una especie de feudalismo, bajo el nombre de patronato. Un patron era un individuo á quien concedidas tierras en gran extension, por haber llevado á ellas más de cincuenta colonos, las repartía entre estos bajo la condicion de pagarle una renta perpetua y un derecho sobre cada traslacion de dominio, reservándose además el privilegio de cazar, pescar y moler el trigo. Si aldeas ó ciudades llegaban á formarse en la jurisdiccion de los patrones, á ellos correspondia el establecimiento de los gobiernos locales.

VI.

Este sistema en la propiedad territorial y el monopolio de la Compañía en lo relativo al comercio no fueron, ni muy á propósito para atraer emigrantes, ni del agra-

do de las poblaciones ya establecidas. La Nueva-Holanda (como se llamó á la colonia) languideció bajo la administracion de los gobernadores holandeses Kieft y Stuyvesant; y cuando el Duque de York se presentó en 1664 con tropas inglesas y la concesion del rey su hermano, la conquista fué fácil, teniendo que capitular Nueva-Amsterdam, no obstante haber intentado Stuyvesant la defensa.

VII.

Adquirido definitivamente aquel territorio para Inglaterra por los tratados de 1667 y 1674, el Duque de York otorgó á la colonia (que cambió entónces su nombre en el de Nueva-York) una nueva carta. Daba en ella á los habitantes cierta participacion en los negocios judiciales y administrativos y aun representacion para los impuestos. Estas libertades se apresuró á destruir las, en gran parte, al subir al trono bajo el nombre de Jacobo II.

VIII.

La revolucion de Inglaterra parece no haber sido para la colonia un gran alivio. Disturbios promovidos por Leisler, mal estado de costumbres, intolerancia religiosa, instruccion descuidada, tal es el cuadro que los historiadores nos presentan poco tiempo despues de aquel suceso.

IX.

La libertad, sin embargo, hace algunos progresos en el tiempo que trascurre entre esa época y la indepen-

dencia. La asamblea colonial es consultada en lo referente á subsidios, y de ahí pasa con facilidad á la cuestion de prerogativas. En 1766 una grave cuestion social aparece. Tiene lugar el primer levantamiento contra el derecho de patronato, viéndose la fuerza pública obligada á intervenir.

X.

Nueva-York presenció la primera derrota de Washington en Long-Island, el 27 de Agosto de 1776, y fué el último punto abandonado por los ingleses en Noviembre de 1783. Formando ya un Estado libre, la Constitucion americana le prohibió hacer leyes que atacasen los contratos preexistentes (art. 1.º seccion X). El derecho de patronato quedó pues ratificado. Mas los individuos sujetos á él no se han sometido sino con enérgicas protestas, y de esto ha provenido la liga de los *Anti-Renters* y trastornos públicos en varias épocas.

CAPITULO XIX.

OPINION SOBRE ALGUNOS EDIFICIOS PÚBLICOS.

I.

Una mañana Loza se propone levantarnos con la animadora noticia de que está cayendo una nevada.

Naturalmente damos una vuelta en la cama y nos envolvemos entre las sábanas.

Pero á las nueve el sol ya ha salido, y entónces sí encontramos á propósito ir á dar un paseo por la calle Broadway.

II.

—Qué calle tan concurrida, exclamo: apénas se puede andar. Al pasar de una acera á otra, la línea recta es imposible entre esta multitud de carruajes.

Jimenez replica que el ferrocarril elevado ha quitado mucha gente de ahí y que antes era mayor el número de transeuntes.

III.

—¿Y de los edificios qué opinan vdes?

—Que todos ellos tienen un gusto especial y que no hay ninguno en el cual se hayan seguido las reglas rigurosas de arquitectura.

—¡Cómo es eso! replico.

—Vea vd., me dice Loza, los hoteles San Nicolás y Metropolitano. Pórticos de columnas corintias: ventanas que no pertenecen á género alguno.

—Y ese edificio, agrega Jimenez, con columnas en la parte baja y arcos gigantes y desproporcionados sobre ellas.

—Poco á poco, les digo. Yo les haré á vdes. ver algunas de las construcciones notables de Nueva-York.

—Las conozco, replicó Loza. Iglesia de la Trinidad: material de piedra rojiza, arquitectura gótica, muros de 50 piés, torre de 284 sobre el pavimento.....

—No hablemos de dimensiones, contesto.

—La iglesia, dice Jimenez, fué construida bajo el reinado de Guillermo III, y reedificada en 1788 á causa de un incendio que la destruyó.

—Tampoco quiero saber su historia.

—Está rodeada de un cementerio, añade Jimenez.

—De dos acres de extension, se apresura á agregar Loza.

—Allí descansan los restos de Alejandro Hamilton, y del capitán Lawrence.

—Pero señores, eso es salirse de la cuestion, replico.

—¿Cuál es la cuestion?

—La arquitectura de la iglesia.

—Es gótica; pero no tiene la pureza que se encuentra en los templos de Europa.

—Los arcos no son góticos, sino casi semicirculares.

—Pues bien, ahora mismo, aquí cerca, voy á enseñar á vdes. edificios que los dejarán satisfechos.

IV.

Y tomando la calle Wall conduzco á mis amigos hácia la Sub-Tesorería. Bajo el pórtico de ella, Jorge Washington fué inaugurado primer Presidente de los Estados-Unidos.

—Esta calle Wall, dice Jimenez, se llama así porque en tiempo de los holandeses el muro que limitaba la ciudad corria por esta calle, siendo el terreno del Norte lugar de pasto comun.

Pero ya habiamos llegado al Sub-Tesoro. La facha-

da es dórica; pero en el interior encuentra Loza columnas corintias.

Lo cual no impide que sea un magnífico edificio.

V.

Pasamos á ver la Aduana.

—Obra del arquitecto Isafas Rogers, dice Jiménez.

—Monolitos de granito, expresa Loza, arquitectura jónica: mas la base no es ática y además las columnas del interior son corintias.

—¡Ah! ya estoy viendo, querido amigo, que esto de los órdenes es una manía en vd. como la de las dimensiones. Voy por último á llevar á ver á vd. la Bolsa y la Casa de Correos.

VI.

En la Bolsa ya no permití que se me hablara de estilos arquitectónicos. Nos ocupamos en contemplar esa masa de seres humanos levantando los brazos, gritando y recibiendo telegramas. Tras aquel aparente caos existen varias combinaciones inteligentes.

VII.

Al llegar á la Oficina de Correos me permito hacer á Loza las siguientes observaciones:

—Ninguna casa de correos en el mundo es tan grande como esta. Toda es de granito y fierro. Tiene tres pisos: hay doce elevadores para el servicio del estableci-

miento y se entregan anualmente 134 millones de cartas y un número igual se recibe. Mil doscientos empleados se ocupan en este despacho.

—El edificio, sin embargo, tiene un defecto, me dice Loza.

—¿Cuál?

—La arquitectura es dórica; pero las columnas del primer piso las han echado á perder con esos prismas que vd. ve en ellas.

VIII.

—Decididamente esto no tiene remedio, dije entre mí, y dejé de hablar de edificios, pues ya los órdenes de arquitectura me tenían cansado.

CAPITULO XX.

SISTEMA ADMINISTRATIVO.

I.

El sistema administrativo de los Estados-Unidos reconoce como base la falta absoluta de centralización. El espíritu de asociación y la iniciativa privada reemplazan la acción del gobierno, sin la cual en otros países no es posible emprender nada durable.

II.

La administración federal está confiada al Presiden-